

Eugenio Fuentes

Cuántas balas puede cargar un ruletista en el tambor de un revólver para acariciar la esperanza de sobrevivir? ¿De qué conexión neuronal puede brotar un candado de carne y sangre que cierra la única puerta capaz de proteger ante una amenaza tan terrorífica como ambigua? ¿Por qué se desvanece un mesías tocado por la luz de la sexualidad? ¿Cuál es el punto de vista de un insecto espectral?

Si encuentran respuesta a estas preguntas en las páginas de **Nostalgia** (Impedimenta, 2012), sin duda uno de los mejores libros publicados este año, no descartes que sean consecuencia de una pura fiebre lectora. Porque **Nostalgia**, y su autor, el rumano **Mircea Cartarescu** (Bucarest, 1956), se habrán limitado a sembrar en quien se adentre en sus líneas un cóctel de fantasías de alta graduación. Un explosivo brebaje cuya ingesta desencadenará una temible mixtura de placer y resaca, una arrasadora conmoción que aniquilará cualquier atisbo de candeiz en su visión del mundo.

Cartarescu está considerado el cabeza de fila de la generación literaria rumana llamada "de los vaqueros" o también "de los 80". Candidato desde hace años a abrirle las puertas del Nobel a su lengua materna, ejerce como profesor universitario, especializado en posmodernismo, y viene saldando con reiteradas negativas su perenne tentación de abandonar su país. Pero, entre tanto, ha ido construyendo una peculiarísima carrera literaria en la que alterna narrativa con poesía y ensayo, a la vez que da rienda suelta a la escritura compulsiva de diarios.

Cuando, en la segunda mitad de los 80, Cartarescu fue conformando **Nostalgia** no la llamaba así; la llamaba **El sueño**, y con ese nombre la publicó en 1989. Era su primer volumen de narrativa y llegó a las librerías poco antes de que la muerte

La memoria más fantástica

Nostalgia, el sobresaliente viaje onírico a la infancia que consagró al rumano Cartarescu

del dictador Ceaucescu se convirtiese en vídeo semiclandestino. Fue al ser reeditada en 1993, en versión íntegra, cuando se rebautizó. Después vendrían esa lacerante aproximación al travestismo que es **Lu-lú** (1994; Impedimenta, 2011) y la magna trilogía **Orbitor** (1996, 2002, 2007, aún por verter al castellano), a la que rodea un aura de extremo críptico onírico, gran exigencia lectora y rompecabezas de traductores.

Aunque Cartarescu la denomine novela, hay cinco piezas en **Nostalgia**: un prólogo (el espléndido relato "El ruletista", ya publicado aparte por Impedimenta en 2010), un epílogo (el relato satírico de locura y pasión musical "El arquitecto") y el tríptico llamado propiamente "Nostalgia", compuesto por el relato "El mendébil", la fascinante novela corta "Los gemelos" —una epopeya íntima de amor adolescente e identidad sexual— y "REM", la pieza más compleja de todas, que, en puridad, es una novela y tiene resonancias de **El aleph** borgiano.

El lector atento descubrirá que a las cinco se les puede asignar en buena parte el mismo narrador, de igual modo que en las cinco late la identificación entre realidad, sueño y literatura o que sus personajes deambulan por las calles, casi siempre extrarradiales, de un decrepito



Nostalgia

MIRCEA CARTARESCU

Traducción de Marián Ochoa de Eribe.
Introducción de Edmundo Pas Solán.

Impedimenta. 384 páginas.

Bucarest industrial que, a menudo, se transforma en un escenario fantástico. Y, lo que es más característico aún, todas tienen su pista de despegue en la infancia y la adolescencia del autor, situada a caballo de los años 60 y 70. De ahí la nostalgia del título: nostalgia de un paraíso perdido que el tiempo ha convertido en ruinas y que Cartarescu nos devuelve ha-

bitado por espectros.

Siendo los vicios más innobles de una reseña el imperdonable desvelar secretos y el perezoso destripar tramas más allá de la información de contraportada, sólo queda hacer dos precisiones. La primera es de tenor estilístico. En la límpida prosa de Cartarescu (que en tan impecable castellano ofrece en esta edición **Marián Ochoa de Eribe**) se detecta un barroquismo, a veces tachado de excesivo, que ha llevado a emparejarla con algunos exponentes del realismo mágico.

Vale que al ser preguntado al respecto el rumano alaba a **García Márquez**. Pero ¿por qué olvidar que en su juventud tomó a **Joyce** ("Los bueyes del sol" de **Ulyses**) como trampolín para una epopeya en la que remedió todos los estilos de la poesía rumana? ¿Por qué ignorar sus reiterados elogios a **Borges**, **Lem**, **Kafka** o **Rilke**?

Definitivamente, **Nostalgia** huele más a Gregorio Samsa que a Macondo. No en vano constata el propio Cartarescu que "la literatura fantástica ha sido la corriente dominante en la literatura rumana". Genealogías al margen, cabe apuntar además que el Cartarescu diarista metódico está en la base de ese barroquismo, que a menudo no es sino una exhaustiva exploración de los territorios oníricos para recrearlos con todo el organicismo de los paisajes vigiles.

La segunda precisión es más una sugerencia: no picoteen; empuen por "El ruletista". No sólo habrán leído un cuento extraordinario, sino que, al adentrarse en esta paradójica historia de una vida y una doble muerte —donde la literatura juega un papel redentor—, tendrán ya en los ojos muchas claves de las otras piezas. Y habrán empezado a percibir hasta dónde puede llevar los confines de lo fantástico una imaginación a la vez tan desbocada, tan precisa y tan anclada en la memoria como la de Cartarescu.

¡El mar, el mar!

Far Tortuga, de Peter Matthiessen, una historia en la estela de *Moby Dick* y *Lord Jim*

Ricardo Menéndez Salmón

La épica, en Occidente, es hija de la guerra y del mar. Troya y el Mediterráneo son nuestro más profundo ADN cultural. Allí nacieron las novelas, los héroes de las novelas, los lectores (u oyentes) que seguían las aventuras de los héroes de las novelas. Somos fruto de una ciudad sitiada y del mar "que nadie agota". Y llevamos siglos, milenios ya, abrevando en esa doble historia infinita: la que cuenta la cólera de los hombres, la astucia de los hombres, los viajes de los hombres.

El mar es el escenario más fecundo del pathos humano, pues en él los novelistas han encontrado a lo largo del tiempo al más fenomenal de los rivales. Uno que ni siquiera sabe a quién o a qué se enfrenta. Uno que ha-



Far Tortuga

PETER MATTHIESSEN
Seix Barral

ce de su hierática o brutal majestad la prueba decisiva de la contingencia del hombre. El mar es el espejo, porque el mar es todo lo que el hombre no es. La mira-



da del mar es la mirada del gigante indiferente ante la criatura que lo surca, lo celebra y pretende dominarlo.

En 1968, a bordo de la goleta Lillias Eden, nueve hombres se embarcan en el entorno de las Islas Caimán para dedicarse a la caza de la tortuga verde. Nacidos en las Indias británicas occidentales, en Honduras y en Colombia, hijos de un crisol de razas y lenguas, desamparados, ru-

dos, honorables a su modo, el capitán Avers y sus ocho tripulantes, en quienes **Matthiessen** concentra la narración de **Far Tortuga**, tienen hermanos de leche poderosos. Las sombras del Pequod y del SS Patna sobrevuelan la acción desde el comienzo. La comparación con **Moby Dick** y **Lord Jim** no es una floritura de crítico. El molde en el que **Matthiessen** forja a sus personajes es el de la mejor literatura de

todos los tiempos. Palabras mayores.

Mayores porque, como bien sabe el lector de **Melville** o de **Conrad**, el mar es el escenario perfecto para que todas las virtudes y defectos del hombre se liberen. El honor y la vileza; el altruismo y la impiedad; la dignidad y la bestialidad. El mar, como un inmenso mecanismo exppositivo, revela la fotografía del alma humana en toda su desnudez y en todo su misterio. Un hombre en un bote es un animal heroico; nueve hombres en un barco son otras tantas lecciones de filosofía.

Queda plasmar esa aventura de siglos en un lenguaje a la altura. La apuesta de **Matthiessen** es en ese sentido arriesgadísima. **Far Tortuga** no es sólo una narración. Es también una pintura de la Naturaleza y un poema hermosísimo. Cada línea, cada parlamento, cada descripción de un ave, una puesta de sol o una vela al viento son un homenaje a la voluntad de permanecer a través del lenguaje. Quizá ese sea el tributo que el escritor puede regalar al mar inabarcable. Cifrarlo en palabras destinadas a sobrevivir a la ruina del tiempo. Como las de esta obra de arte mayúscula, implaceable y tan bella que duele.